



GONZÁLEZ DE DURANA, Javier
Guerra, exilio y muerte de Aurelio Arteta
(1936-1940)

Sevilla: Punto Rojo Libros, 2016
 298 p. : il. ; 23 cm
 ISBN: 978-84-16799-28-2

Bajo una apariencia relativamente modesta –pues en absoluto se trata de nada parecido a una edición de lujo– se esconde un exhaustivo trabajo de investigación, un empeño personal tanto en lo que se refiere a ésta como a la propia publicación, casi no venal, ya que de una tirada de 200 ejemplares, 150 se han destinado, de manera gratuita, a “museos y bibliotecas públicas, facultades de Historia del Arte y de Bellas Artes, centros dedicados a la preservación de la memoria histórica relacionada con la guerra civil y el exilio español, investigadores y coleccionistas de la obra de Aurelio Arteta, tanto en España como en México”.

El autor confiesa en la introducción que en principio el trabajo iba a centrarse en los diecisiete meses que Arteta vivió en México como exiliado político, puesto que ésa era la etapa más desconocida de su vida. Apenas unas breves alusiones necrológicas de Indalecio Prieto (referidas sobre todo al accidente en el que perdió la vida) y de Juan de la Encina (valorando y explicando al público mexicano la importancia del pintor fallecido) eran casi toda la información que se tenía de aquella etapa. En cuanto a su obra pictórica, sólo se conocían tres o cuatro piezas de clara temática vasca: las dos que regaló a Prieto, otra a la que sólo le faltó colocar la firma, alguna escena de *arrantzale* y *neska*... y poco más, nada de vinculación indigenista mexicana. Sin embargo, la investigación sobre aquellos meses desveló un buen número de piezas desconocidas entre las que se encuentran algunas que muestran una decidida orientación hacia el mundo rural mexicano.

Iniciada la investigación con esa intención, se reveló necesario ampliar el foco y abarcar también los años inmediatamente anteriores y ello por dos motivos: personales y artísticos. Desde el punto de vista personal, es un hecho que el ir a vivir a México estuvo motivado por la guerra civil: “nunca habría existido un Arteta mexicano si previamente no se hubiera producido la tragedia de un sangriento conflicto armado”. Es decir que “lo mexicano” no era posible entenderlo sin una previa y clara comprensión de qué había sucedido con el pintor durante la guerra, un periodo del que tampoco se tenían más noticias que unas breves alusiones a su estancia en Valencia y, eso sí, al capítulo referido a su pintura *Tríptico de la Guerra*, una obra atravesada por noticias equivocadas, erróneas dataciones y un completo desconocimiento de las circunstancias en que el Gobierno Vasco le encargó tal trabajo.

Pero, además, lo que revelaba el acopio de nuevas imágenes producidas en México era que Arteta recicló algunos de los temas que había venido trabajando durante los años de la guerra. Por ello el autor consideró lógico extender el estudio al periodo bélico para tratar de entender cómo unas mismas imágenes (con pequeñas variantes, por supuesto, pero las mismas composiciones) le sirvieron tanto en un momento de conflicto armado como en otro de alejamiento obligado.

Las fuentes principales manejadas por el autor han sido diversas, siendo las más sustanciales aquellas que se localizaron en México. En primer lugar, la documentación conservada por los descendientes familiares de Arteta. Asimismo, el Archivo General de la Nación le proporcionó inestimable información sobre las circunstancias legales del pintor y

su familia, su ficha registral y datos recogidos por el Servicio de Inmigración en distintos momentos de su estancia. La Hemeroteca Nacional permitió conocer valiosos detalles sobre el accidente de tranvía en el que perdió la vida. El Ateneo Español en México conserva abundante bibliografía sobre el exilio en aquel país y, en particular, sobre la travesía del *Sinaia*, buque en el que la familia Arteta viajó hasta Veracruz. La Promotora Cultural Fernando Gamboa aportó datos sustanciales que completaron toda la información posible sobre aquella travesía marítima. También se ha recurrido a algunos archivos privados, como los de las familias Belausteguigoitia y Arocena, así como el del industrial y mecenas José Luis Prieto, archivos que permitieron penetrar en aspectos de la vida íntima del artista. El Centro de Documentación Oral y la Memoria de Tlalpan posibilitó el acceso a las memorias grabadas en 1979 por la viuda del pintor sobre toda aquella etapa vivida junto a su esposo.

En España la fuente más significativa fue el archivo de la JARE (Junta de Ayuda al Refugiado Español), conservado en el Ministerio de Asuntos Exteriores; los fondos documentales y bibliográficos de la Fundación Indalecio Prieto constituyeron igualmente una valiosa ayuda.

Tras la Introducción, el libro se estructura en siete capítulos y un anexo:

1. La guerra en España: dibujos bélicos y manifiestos.
 2. Refugiado en Francia: tiempo de espera entre dos mundos.
 3. Los compromisos políticos.
 4. El vapor *Sinaia*: camino de la incertidumbre.
 5. México: domicilios, amigos, trabajos y exposiciones.
 6. Un fatal y sorprendente accidente de tráfico.
 7. La obra mexicana
- Anexo: Otros amigos y clientes en México.

En cada uno de los capítulos se va analizando la peripecia vital de Arteta y cómo ésta se manifiesta en sus obras. Comienza con su residencia en Madrid, que una vez iniciada la guerra se vio perturbada por los bombardeos sobre la ciudad. Continúa con su traslado a Valencia, por recomendación y bajo el amparo del Gobierno de la República, formando parte de un grupo de científicos, artistas, literatos, maestros..., de los que se esperaba, por su relevancia en cada una de sus especialidades, que se convirtieran en portavoces de la cultura democrática y republicana más allá de las fronteras nacionales. Fueron instalados en un antiguo hotel en el que se creó la Casa de la Cultura, que fue al mismo tiempo residencia, lugar de trabajo y de encuentros culturales, y donde, premonitoriamente, pudo conocer a una representación de artistas mexicanos (Octavio Paz, Elena Garro, David Alfaro Siqueiros...) que asistieron al Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura en 1937. Tras el corto paso por Barcelona, se detiene en su estancia en Biarritz, una etapa en la que vive una cierta parálisis creativa, fácilmente comprensible por su situación personal y la incertidumbre sobre el futuro, pero que fue el momento en que recibió el encargo del Gobierno Vasco para realizar el *Tríptico de la Guerra*, que dio lugar a una necesaria investigación por parte del autor para esclarecer todas las circunstancias ligadas a su creación. Desde allí Arteta partió hacia Perpiñán camino del exilio, aunque antes de embarcarse hacia México tuvo que sufrir otra traumática experiencia: su confinamiento en un campo de internamiento para republicanos españoles, el de Barcarès, que, si bien de breve duración, le hizo conocer de cerca ese terrible trance. Vino luego el viaje en el *Sinaia*, dieciocho días –durante los cuales se editó un periódico, se hicieron exposiciones y se celebraron conferencias, fiestas...– que le permitieron estrechar lazos con anteriores conocidos y establecer nuevas relaciones (Ramón Gaya, César Candela, Fernando Gamboa...). Finalmente su llegada a Veracruz y la definitiva instalación en la capital mexicana.

Los comentarios sobre las obras de Arteta –y la selección de las imágenes incluidas en el libro– están íntimamente ligados a las circunstancias vitales del artista: unas trayectorias, personal y artística, siempre indisolublemente unidas de la manera más directa. Como señala el autor, la personalidad del artista se refleja en la elección de los temas y en

la forma de tratarlos. Durante la guerra nunca le interesó ésta como tal sino sus consecuencias, el rastro de sufrimiento que dejaba tras de sí. Son imágenes, de marcado carácter épico, sobre las consecuencias de un conflicto, que tienen la cualidad de universalizar el drama trascendiendo lo local.

A través de la documentación estudiada queda patente no sólo la alta consideración artística que alcanzó Arteta, primero en España y luego en México, sino también –algo muy de valorar en un mundo, el artístico, a veces sumamente competitivo y proclive a los enfrentamientos– el unánime aprecio personal que acreditan muchos testimonios. El autor destaca, a través de toda la obra, la personalidad de Arteta, su carácter sencillo, afable y discreto, un tanto tímido y poco interesado en los aspectos más de relumbrón del mundillo artístico; un artista centrado en su obra, en la reflexión plástica tan íntimamente vinculada a sus vivencias, a su personal sentimiento del mundo y de las circunstancias que le rodeaban. Su carácter retraído no le impidió, sin embargo, implicarse en los asuntos públicos cuando éstos le movían sinceramente a ello, nunca por interés sino por compromiso social. Trató tanto a socialistas como a nacionalistas vascos, colaboró con unos y otros y con distintas instituciones, pero no fue hombre de partido ni sus pinturas pueden considerarse estrictamente de propaganda concreta a favor de nadie, si bien su postura fue siempre clara a favor de la legalidad republicana y de apoyo y colaboración con el Gobierno Vasco. A pesar de su carácter, no parece que se dejase manipular.

Es de destacar, como un rasgo más de su honestidad, que nunca aceptó las subvenciones o ayudas previstas por los organismos e instituciones que ligadas al Gobierno republicano se ocupaban de los exiliados. Y eso que, en principio, su situación económica distaba mucho de ser desahogada. Parece que siempre intentó salir adelante por sus propios medios, como si considerase que otros estarían en peor situación y lo precisarían más que él. Sin embargo, desde el punto de vista artístico sí gozó de buenas relaciones con destacadas personalidades del mundo de la política, en España y en México, así como con el empresariado.

Durante su corta etapa mexicana consiguió una rápida y excelente inserción en la sociedad de la capital. En eso sí fue afortunado, ya que llevaba desde España algunos contactos con importantes empresarios vascos, instalados allí, con influencia económica y política. Puentes significativos fueron Indalecio Prieto y Francisco Belausteguigoitia. Este último era un notable empresario vizcaino afincado en México desde 1925, que le ofreció su primer domicilio en la capital mexicana. Hermano de Ramón Belausteguigoitia, el autor de la novela *Euskadi en llamas*, fue Delegado del Gobierno Vasco desde enero de 1939 hasta diciembre de 1941. Y aunque por otro lado ya era conocida la relación de Arteta con Prieto, el autor profundiza en ella con detalles de interés. Gracias a él recibió el importante encargo de retratar a Amalia Solórzano, esposa del Presidente de la República de México, el General Lázaro Cárdenas. Éste fue un paso que, por su repercusión, le habría abierto la posibilidad de otros encargos y el inicio de su ascenso social en aquel país. Algo que finalmente no pudo ser.

En la obra mexicana distingue el autor tres fases. En la primera se percibe una continuidad del costumbrismo vasco, pero con una nueva plenitud de depuración formal de la realidad, en escenas de emotivo y contenido lirismo. En la segunda comienza su alejamiento de los temas vascos, como punto intermedio de un progresivo alejamiento de su anterior vasquismo, aunque aún no pueda hablarse plenamente de americanismo; sería un momento híbrido que entronca con los murales del Banco de Bilbao de Madrid y mantiene una concepción clasicista. Se trata de obras de transición que van mostrando ya una clara visión indigenista, y no sólo por los temas sino también por su composición, dibujo y color. Finalmente, las obras con motivos mexicanos. Quizá influido por el muralismo mexicano, que había conocido ya en sus años de formación y luego más directamente en Valencia a través de su contacto con artistas mexicanos en el Congreso de 1937, se aprecia, en las obras localizadas, el surgimiento de un nuevo Arteta, que quedó truncado por su trágico fallecimiento.

El autor ha hecho un seguimiento exhaustivo de las circunstancias de su muerte. El día anterior al fatal accidente Arteta se enteró del fusilamiento de su amigo Joaquín Zuga-

zagoitia, una noticia que le afectó hondamente. Era domingo y se dirigía con su mujer, en tranvía, hacia una localidad campestre cercana a la capital (y hoy englobada en ella) cuando el tranvía en el que viajaban embistió a otro que estaba detenido. Solamente hubo dos muertos, Arteta y otro hombre que viajaba en el otro vehículo. Se dieron también una serie de raras coincidencias, como el hecho de que el conductor del tranvía en el que viajaba Arteta perteneciera a la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios, algunos de cuyos miembros habían participado en el mencionado Congreso de Valencia de 1937 donde los conoció Arteta; entre ellos Fernando Gamboa, quien avaló su entrada en México. La acumulación de todos los detalles resulta extraordinaria. Daría para una película.

González de Durana ha logrado localizar numerosas obras, fijar cronologías y corregir dataciones y circunstancias que permiten una más acertada comprensión de la trayectoria artística de Arteta durante el período estudiado. Es especialmente interesante, respecto a su última etapa antes de instalarse en México, el esclarecimiento del asunto del *Tríptico de la Guerra*, con sus connotaciones artísticas y políticas. En cuanto a la etapa final, todo lo relativo al exilio mexicano resulta de sumo interés. Cabe destacar su interpretación de la evolución, o quizá más, de la transformación en un nuevo Arteta, tanto por la elección de los temas como en cuanto a los recursos plásticos. También ha podido precisar circunstancias vitales desconocidas que nos acercan a la persona que se halla detrás de las obras: Aurelio Arteta.

Jaione Velilla